

CAPÍTULO V: EL MISTERIOSO FLUJO DEL COSMOS: “EL HOMBRE DEL PERRO AMARILLO”

V.1. Resumen de la trama

La historia se centra sobre un hombre solitario que vive en las cercanías de un pueblo a orillas del mar, y cuya única compañía la constituye un perro amarillo que lo acompaña a dondequiera que va. El hombre, sin embargo, no es un simple ermitaño amargado y rencoroso, sino que de hecho se le describe como un hombre feliz aunque no puedan comprenderse las razones: siempre saluda con gran cortesía a los lugareños levantando su no menos inseparable sombrero de paja que porta cuando sale de su casa.

Aun con ello, no deja de percibirse una abismal brecha entre la gente del pueblo y el hombre, quien parece vivir en una especie de mundo aparte e incomprensible para ellos, que apenas puede asociarse con el cotidiano por unas cartas que llegan del extranjero dos o tres veces al año, pero de las que el hombre no cuenta nada y ni siquiera responde, sino que parece vivir, igualmente, en su interior. Aparte de ello, las únicas costumbres del hombre no pasan de recorrer una y otra vez su jardín como si siempre fuera un mundo nuevo, sentarse en una mecedora bajo un árbol o leer hasta altas horas de la noche junto a una lámpara, y con el perro amarillo a su lado.

Sin embargo, cierta noche en la que sopla un viento extremadamente violento, esta rutina se rompe ya que el perro repentinamente empieza a contemplar al hombre como si fuera un extraño, y en sintonía con esa percepción empieza a fraguarse una nueva y nada agradable relación entre ambos. El perro cada vez se muestra más distante y el hombre, quien en principio no puede ocultar el dolor de este cambio de actitud, pronto empieza también a contemplar al animal con recelo y a desear liberarse de su presencia, cosa que finalmente hace cuando abre la puerta de la casa y el perro simplemente emprende su camino con rumbo desconocido y sin mirar atrás.

De cualquier manera el remedio resulta peor que la enfermedad, y el vacío que acomete al hombre al verse separado, ahora también en el plano físico, de la presencia del perro convierte su vida en un sufrimiento perpetuo. Esta situación se acentúa por una serie de sueños en los que el hombre observa al perro llamando de puerta en puerta, buscando en vano a su antiguo compañero. Sin embargo la sensación que produce ese sueño en el hombre resulta agri dulce, ya que aunque de momento siente satisfacción por saber que el perro lo reconoce y lo busca, estando en pleno uso de consciencia siente un terror atroz de que el animal regrese.

Finalmente una noche escucha los ladridos del perro en la distancia, pero no lo acomete el miedo ya que, por alguna extraña razón que él no entiende ni se preocupa por definir, sabe que el perro ha muerto. Aunque los ladridos continúan escuchándose por varias noches seguidas en las inmediaciones, el hombre no se asusta ni se aterroriza, ya que está más que convencido de que el animal ya no volverá jamás a mostrarse ante su puerta. Después de ello, el hombre se dedica a contemplar el mar por horas desde su balcón.

Sin embargo, una noche tiene un sueño diferente: se ve a sí mismo volviendo de un paseo junto al perro, cuando una ráfaga de viento le arranca el sombrero de paja. El perro sale en pos de la prenda pero no repara en que se está alejando demasiado del hombre, quien se preocupa porque sólo el perro conoce el camino de vuelta a casa, y sin él no sabe cómo orientarse. En ese momento empieza a cobrar consciencia de que se trata de un sueño y piensa en encender la lámpara, ya que sabe que todo acabará así.

Sin embargo, varias dudas acometen al hombre acerca de las consecuencias que implicaría tanto encender la lámpara como proseguir con el sueño. Al final elige la segunda opción y se encuentra frente a los vecinos del pueblo, quienes han recuperado el sombrero y, con gran pesar, le cuentan que tuvieron que matar al perro a tiros, ya que se había infectado de rabia. El hombre se muestra escéptico y, después de agradecer a los vecinos por la recuperación del sombrero, se encamina hacia un lago cercano, en el cual está convencido de que lo aguarda el

perro. Poco a poco se va sumergiendo en el agua, sin dejar de felicitarse por no haber encendido la lámpara.

V.2. Las visiones

El primer punto que llama nuestra atención no es otro que la línea de inicio del relato: “Había una vez”. Atendiendo al apunte de Rodrigo Pardo Fernández (párrafo 6), gracias a esta frase, claramente *arcaizante* como lo es la descripción del castillo en “Fuera de programa”, es posible resaltar el *distanciamiento* de la historia con respecto de lo cotidiano, particularmente gracias a la *indeterminación* de tiempo y lugar de los acontecimientos.

Pardo Fernández también reconoce que, gracias a este recurso, el *mundo* que Tario construye posee *autonomía* y *coherencia* internas perfectamente aceptables y lógicas (párrafo 7). En este aspecto también coincide Iliana Olmedo, refiriéndose a las metáforas tarianas, destacando precisamente las *reglas propias* de los mundos creados, mediante las cuales lo que es insólito de acuerdo con *nuestros* paradigmas cotidianos no está *forzado* a serlo en el universo tariano. De hecho, Olmedo incluso las aproxima a la *utopía*, en el sentido de que, aunque nuestra realidad de lectores sí aparece como punto de referencia, el mundo que Tario describe tiene paradigmas completamente distintos (65).

Consideraré importantes estas observaciones para destacar que, como iremos descubriendo en el curso de este capítulo, Tario en efecto construye en “El hombre del perro amarillo” un mundo sumamente alejado, en términos de funcionamiento fenomenológico, del que constituye nuestra rutina como lectores; y más aún, se encuentra notablemente alejado hasta de ese mundo de reminiscencias dionisiacas con el que nos encontramos en “Fuera de programa”.

Asimismo, el apunte de Iliana Olmedo también nos ayudará a comprender por qué este relato tiene, como muy particular carácter, la capacidad de evocar el sentimiento de lo

siniestro descrito por Freud (Martínez Gutiérrez, párrafo 19): es éste otro de los logros más notables de Tario, ya que aunque se trata de un mundo distinto del nuestro, las reminiscencias a este último que, desde luego, constituyen sus basamentos, consiguen generar una sensación de profunda incomodidad por la *familiaridad distorsionada* que evocan.

Por otra parte uno de los propósitos fundamentales del relato es generar una atmósfera de *misterio* desde el principio. Para esto también contribuye el uso de la fórmula “había una vez”, ya que en lugar de describirnos el aspecto básico del protagonista y el lugar donde habita (como generalmente sucede en los textos tradicionales con esta clase de inicio), únicamente nos menciona que posee al perro amarillo, una casa rodeada por árboles y un sombrero de paja. No hay más detalles, y con los que se nos han brindado no podemos más que quedarnos pasmados: ¿cuál es el sentido de enumerar estas posesiones tan específicas? ¿Por qué no hay siquiera una descripción prosopográfica del hombre? ¿Qué tiene de especial el sombrero de paja?

Con este tipo de preguntas sobreviniendo de manera brusca, el mismo relato se encarga de reafirmar explícitamente el aura de misterio que rodea al hombre: “parecía feliz, era feliz sin duda, aunque esa felicidad resultara incomprensible a primera vista. Podría pensarse que a aquel hombre le bastaba con la diaria presencia del perro, con la voz pesarosa del mar y el suave golpear de los frutos al caer imprevistamente sobre la hierba. Se le tenía por un hombre misterioso” (II: 299). De forma semejante a como lo observamos en “Fuera de programa”, el mundo en que se mueve este hombre está completamente alejado de nuestras rutinas acostumbradas: además de ser una ínsula en sí mismo por el hecho de vivir solo, sus gustos y aficiones así como las actividades vinculadas con ellos no tienen el menor parecido con las formas de entretenimiento usuales. Por lo anterior, y aunque no llega a generar hostilidad, los vecinos del pueblo junto al cual vive no pueden definirlo de otro modo que como “misterioso”.

Por otra parte, si nosotros desde nuestra posición de análisis recordamos todos los conceptos que hemos abordado en este estudio, podremos advertir que el hombre claramente vive en función de una *visión de la realidad* que no opera según los paradigmas comunes: en concreto, el hombre no contempla la naturaleza como un pragmático materialista que sólo piensa en los recursos que le arrebatará a ésta. Para él, la vida se reduce a disfrutar de la compañía del perro, a contemplar el mar y a observar cómo caen los frutos maduros al suelo. Se nos presenta, en resumidas cuentas, como el símbolo del *despertar de la consciencia humana*, una mente joven y con escasos conocimientos sobre el mundo, dominado por la curiosidad y que, por eso mismo, se siente fascinado e intrigado por todos los seres y fenómenos que ocurren a su alrededor. Contempla el mundo con *inocencia*, ese tipo de inocencia que mueve a iniciar la búsqueda interminable a través de los misterios.

Las cartas que recibe del extranjero resultan igualmente desconcertantes. Únicamente él las lee y la narración misma toma distancia con respecto de esta acción, como si ella misma fuera un protagonista de carne y hueso que sólo atestigua los hechos pero no comprende su significado. No es gratuito, por demás, que se especifique que las cartas proceden del extranjero: gracias a ello se enfatiza que el propio mundo desde el cual han llegado está *alejado* del rutinario. En realidad, no es tanto que las cartas procedan de un *país* extranjero como de un *mundo* extranjero. Podríamos considerarlas una especie de *mensajes* de nuevos horizontes, *vislumbres* de otras realidades que tientan al hombre a abandonar su rutina.

La presencia de un animal en la historia cumple idéntica función que la de “Dreamer” en “Fuera de programa”: el perro, en este caso, se convierte en un *complemento* del hombre quien al igual que Cynthia con respecto de “Dreamer”, establece una comunicación más plena y fecunda con él que con un congénere. También de forma semejante al primer relato, los vecinos responden de forma similar a la de lady Callander: “era un hombre misterioso [...] porque tenía consigo un perro, y no una mujer” (II: 299). Para ellos, al igual que con la madre

de Cynthia, resulta incomprensible cómo un ser humano encuentra mayor felicidad en tener por compañero a un animal que a otro humano: “La secreta amistad entre el hombre y su perro no nos era, en el fondo, conocida [...] Hombre y perro se miraban, y eso era todo” (II: 301). De nueva cuenta nos topamos con un lenguaje indescifrable, pero real y no menos efectivo, a través del cual dos seres tan distintos pueden lograr una misteriosa unión (el estado *dionisiaco*).

A pesar de todo, los vecinos no pueden redondear un posible carácter amenazador en la diferencia que distingue al hombre de ellos, ya que en las escasas ocasiones que interactúan “saludaba con gran cortesía, levantando en alto su sombrero” (II: 299). Aun con sus diferencias, el hombre demuestra una gran capacidad para relacionarse, al menos, de manera *cordial* con ese mundo al cual no pertenece. Conoce algunos de sus *paradigmas* y sabe ajustarse a ellos aunque no guíen su propia vida, resaltando aún más el misterio que lo rodea: ¿cómo es que, aislado como vive de ese mundo, de cualquier modo puede fundirse hasta cierto grado con él y no entrar en conflictos?

Otro elemento que, a continuación, vuelve a reafirmar la excepcionalidad del hombre es su costumbre de pasear con el perro bajo las lluvias invernales: “la gente no suele mirar con buenos ojos a alguien que apetezca pasear en condiciones tan desusadas” (II: 300). Nuevamente vemos en acción no la realidad sino las *ideas* que, en razón de un modo rígido de pensar, han adoptado un carácter de engañosas “leyes”, induciendo a contemplar todo aquello que no se adapte a sus rutinas como “anormal”, cuando simplemente es *otra* forma de interpretar el mundo. Hay momentos en los que hasta el mismo perro se ve sobrecogido por las conductas del hombre: “Ladraba el perro, o dormía, o miraba risueñamente hacia un determinado balcón, extrañado de que, siendo ya de día, el hombre continuase en la cama” (II: 300).

Con todo ello, la verdadera cuestión reside en un muy profundo deseo del hombre de continuar satisfaciendo esa inocente curiosidad con que contempla el mundo: “De pronto, se le veía detenerse y sonreír. O mirar extasiadamente un árbol, como reconociendo a un amigo. O sentarse en su mecedora de mimbre, bajo un árbol. O golpearse suavemente la frente con el bastón, como llamando a un pensamiento que no acudía” (II: 300). Por medio de ello, especialmente con la última acción descrita, se sugiere que aunque sea inconscientemente, el hombre está *ansioso* por emprender un camino rodeado de misterio: una búsqueda que tiene su placer, reiterando, en la búsqueda misma.

Con posterioridad a ello, y lo cual refuerza el denso misterio que envuelve este relato, las circunstancias a su manera parecen responder al deseo del hombre en el momento en que el perro, repentinamente, lo desconoce: “La luz de la casa se apagó de pronto y volvió a encenderse [...] Mas, para entonces, ya el perro le había mirado [...] le miraba de tan extraño modo [que] el hombre se sintió solo” (II: 301). Los efectos de la luz simbolizan la *transformación* que ha sufrido el vínculo entre ambos, transformación vertiginosa además: en un solo segundo se ha hecho de noche y ha llegado un nuevo día. Un nuevo día en el que, por otro lado, las circunstancias ya no son tan apacibles sino, y aquí es donde se concentra el aspecto que resaltábamos al inicio de este inciso, *siniestras*: “lo recordaba el perro con su sombrero de paja y agitando el bastón en el aire, y no lograba reconocerlo, asociarlo con aquel otro hombre que tenía delante. Deseaba olvidarlo” (II: 301). En el caso del hombre las cosas no marchan mejor: “Había transcurrido un mes [...] y el perro proseguía mirándole, observándole incrédulamente desde cualquier rincón de la finca. El hombre se cerraba con llave, mas aun a través de la puerta, al otro lado de la puerta, adivinaba al perro mirándole [...] arrojó al perro de su cuarto [y éste] se negó a volver” (II: 302).

Lo anterior confirma que, para cada uno de ellos, el otro se ha convertido en un ente *siniestro*: ambos recuerdan los aspectos que los unen pero, de manera inexplicable y a pesar

de dichas memorias, ya *no consiguen reconocerse mutuamente*. Son a una vez un ser conocido pero también extraño, y esa confusión no lleva a otro punto que a potenciar el distanciamiento. Si llevamos esta situación a términos más filosóficos, tenemos que tanto el hombre como el perro nuevamente han descubierto que el mundo, ese mismo mundo en el que ya se habían forjado una rutina y resultaba, hasta cierto punto, *conocido*, de nuevo se ha convertido en un abismo donde no hay límites o formas definibles. Aquello que habían creído, aun en sus costumbres particulares y poco rutinarias, suficientemente recorrido y explorado, demostró ser un horizonte mucho más extenso, y es justamente de ahí de donde procede el temor: el misterio ha vuelto y ellos, de momento, no saben cómo encararlo.

Es el perro quien, también en un sentido casi tan humano como “Dreamer”, elige primero su nuevo plan de acción, el cual consiste en *dejar atrás lo conocido* para enfrentarse a lo desconocido: “Comprendió [el hombre]: ‘Ya no se siente a gusto conmigo. Se ha aburrido de esta casa’ [...] el perro tomó resueltamente su camino. Desapareció. Ni se volvió a mirarle” (II: 302). Al igual que el negro caballo de Cynthia, opta por no correr el riesgo de verse tentado a quedarse en lo viejo y estéril y no vuelve la vista. La reacción del hombre también resulta similar a la de la hija de los Callander: “Fueron unos instantes muy crueles [...] en la vida del hombre” (II: 302). Esto se debe a que está experimentando esa muerte *conceptual* descrita por Harpur: ha dejado de ser lo que *sabía* que era y está entrando, involuntariamente, en el instante del *vacío*: “sintió que el alma se le partía en dos o que se quedaba sin alma” (II: 303). Esta descripción, tanto en apariencia como en sentido, es muy similar a la que se hace del castillo Callander después de la muerte de su propietario.

En el mencionado instante de vacío también a él lo asalta la opresiva angustia de las dudas, el vértigo de tener todo y nada a la vez, ya que en su panorama se han develado demasiadas alternativas, pero no conoce *ninguna* de ellas a fondo como para elegirla sin temor ni preocupaciones: “le acometían sueños extraordinarios que lo llevaban de un lado a

otro agitadamente [...] veía al perro vagar y sollozar, perdido, llamar de puerta en puerta y preguntando por él [...] Nunca daba con el hombre [...] Mas, a la vez –todo muy inexplicable–, pedía [el hombre] a Dios con toda su alma no encontrarlo nunca, pues sentía miedo del perro; un miedo muy especial a que volviera, a verlo aparecer” (II: 303). La imagen del perro extraviado, en definitiva, no deja de ser un deseo inconsciente del hombre por recuperar lo familiar, y manipular ciertas circunstancias que están a su alcance para lograrlo: así como Cynthia insiste en ver en su prometido un parecido con “Dreamer”, el hombre piensa que el perro desea volver a él.

Sin embargo, y en lo cual su situación se vuelve más angustiante que la de ella, a nivel consciente el hombre sigue sintiendo *miedo* por el perro. Está aún presente la experiencia vivida con él los días previos antes de que se fuera, y en razón de ello, y también de manera simultánea al dolor que su pérdida le sigue generando, es más intenso el miedo de que regrese a él en el estado en que se había ido. En este punto el relato incluso llega a aproximarse al efecto de *horror cósmico* expuesto por Lovecraft, ya que la sensación que termina por abrumar al hombre es, precisamente, la de su pequeñez ante los giros misteriosos e incomprensibles que abundan en el cosmos, y cómo éstos logran alterar la realidad de modo tan brusco y alarmante.

La *intuición* de la muerte del perro no resulta dolorosa para el hombre en razón de que, más que una pérdida, simboliza el comienzo de la *liberación* de éste con respecto del mundo viejo que constituía su rutina. Dicho de otra manera, el hombre ya no experimenta temor ni pesar porque, al haber muerto el perro, ha comenzado a romper los *atavismos* que lo hacían voltear hacia los antiguos paradigmas según los cuales había vivido. Empieza a *desarraigarse* y a asumir con más madurez la experiencia del vacío, concentrándose más en el verdadero sentido que implica enfrentar el misterio y la incertidumbre.

Por ello, más que tratarse simplemente de la manifestación del “espectro” de un perro, los ladridos que el hombre escucha alrededor de la casa durante las noches son, como antes lo fueran las cartas, *el llamado del cosmos*. No por nada cuando dejan de escucharse, los ladridos se pierden en dirección del mar. Es el abismo llamando a emprender la búsqueda, los nuevos e inexplorados horizontes de la realidad invitando al hombre a crear su camino hacia ellos y a abandonar las rutinas. En definitiva, es el mismo llamado que el perro decidió seguir sin cuestionar demasiado.

El hombre, al final, también se decide a responder a ese llamado, y el momento ocurre cuando tiene lugar el sueño donde el perro sale en pos del sombrero y él se angustia porque no regresa: “sabía, además, algo inconfesable y secreto: que si el perro no consentía en volver [...] él nunca acertaría a regresar a casa. Solamente el perro conocía el camino; era como su pensamiento. Y en mitad del sueño se repetía que era menester despertar cuanto antes, no fuera a extraviar en definitiva el camino” (II: 305). Esta descripción no nos remite a una situación tangible como al *momento vital* del hombre: está experimentando la prueba que determinará si está dispuesto a adentrarse en el misterio del universo, o si prefiere la estéril seguridad de su antiguo y conocido mundo. Dentro del sueño, el hombre no tiene otra alternativa que seguir adelante, sin conocer a qué destino le llevará el camino. La carrera del perro no es más que una *variante* del recuerdo de su verdadera partida, y de la resolución con la que no volteó la vista atrás, razón por la cual no regresa. Para el hombre, la situación intenta inducirlo a elegir el mismo camino.

Sin embargo, tiene también la opción de “despertar” y encender la lámpara, con lo cual se sentirá “aliviado” de encontrarse en su cama y en un ambiente conocido. Pero por otra parte, el verdadero sentido de esta decisión no implicaría despertar realmente sino, recordando a Kafka y a Meyrink, *volver a dormirse*: de decidirse a encender la luz el hombre caería de nuevo en la *ceguera artificial* que el hombre se ha fabricado para no encarar el desafío de

conocer el mundo (el “gran día”), es volver a vivir una mascarada aberrante y alucinatoria que tiene, como único propósito, evitar *abrir los ojos*.

La decisión del hombre, al final, resulta ser la correcta. A tal grado lo es que su experiencia ya ni siquiera parece un sueño: “Misteriosa vida. Si ni siquiera soñaba” (II: 305). En esta expresión vemos contenido el concepto que daba lord Callander sobre el verdadero sentido de la vida: sólo aceptando las posibilidades más insólitas era posible conocer verdaderamente el mundo y *vivir* en él. Al decidir continuar en el sueño, el hombre realmente empieza a sentir que *vuelve a vivir*, es decir, supera el estado de vacío y alcanza el *renacimiento*, se *transforma*.

Esto se ve confirmado por el hecho de que no acepta la versión de sus vecinos, cuando los encuentra en el sueño, de que han matado a tiros al perro por estar infectado de rabia. El hombre simplemente les da las gracias (sigue siendo capaz de no entrar en conflicto con el mundo que ha dejado atrás) y se encamina al lago, porque *sabe* que ahora todo es sólo cuestión de *dar alcance al perro*. No está muerto ni perdido, sino que simplemente se le ha adelantado en el camino que él ya ha decidido recorrer, en lo cual nos recuerda a Cynthia y las circunstancias en que se reencuentra con “Dreamer”. No por nada el hombre siente una gran felicidad cuando piensa: “¡Qué bien, después de todo, que no me decidí a encender la lámpara!” (II: 306). Ha rechazado volver a la enajenación, por muy luminosa que pueda parecer, y empezar a conocer el mundo, a reanimar su inocente curiosidad.¹

¹ Esta situación podría considerarse una *variante* de un simbolismo ancestral relacionado con el perro: el de su función como *psicopompo*, es decir, como una criatura que ayuda a las almas de los muertos a cruzar hacia el inframundo, imagen con la que también se resalta el vínculo entre este animal y el concepto de *fidelidad* (Pascual Chenel y Serrano Simarro 235). En este caso, el perro amarillo ha ayudado al hombre a cruzar el umbral de una “muerte”, pero una muerte que sólo es un antecedente del *renacimiento*.

V.3. Conclusión

Pese a que siguiendo mis muy personales inclinaciones, siento más atracción hacia “Fuera de programa” que por “El hombre del perro amarillo”, debo reconocer que este último constituye un relato mucho más logrado y maduro. Esto se debe a que Tario logra, como efecto fundamental, resaltar más el *misterio* que lo *dionisiaco* en relación con la incertidumbre que implica el conocimiento del mundo.

Me atrevo a decir que, en ese sentido, “El hombre del perro amarillo” es más *realista* que “Fuera de programa”, ya que éste todavía conserva un tono considerablemente *idílico* y *romántico*, estereotipando demasiado las situaciones y, con ello, haciéndolas ver demasiado *definidas* y *concretas* cuando lo que más se busca resaltar es justamente lo opuesto. En el relato del que nos ocupamos en este capítulo, Tario logra justamente eso, y gracias a ello lo expuesto a través de lord Callander resulta mucho más preciso: al considerar *todas* las posibilidades de la vida, por insólitas y, en este caso, *agridulces* que puedan parecer, es como realmente se logra conocer en profundidad lo que significa vivir.

Muchos de los acontecimientos en “El hombre del perro amarillo”, especialmente el sorpresivo extrañamiento que se gesta entre sus dos protagonistas, se mantiene completamente incomprendido hasta el final, con lo cual se consigue entender que lo importante no es el *por qué* ocurrió sino el *hecho* mismo de que ocurriera, ya que así tanto el hombre como el perro consiguieron *renacer* y alcanzar una *nueva vida*. Que ésta sea mejor o peor no es una cuestión que venga tampoco al caso, ya que lo verdaderamente importante fue el *cambio* que experimentó.

El hecho de que, además, haya sido mediante un *sueño* que el hombre consigue integrarse en esa nueva vida también es fundamental para comprender la verdadera implicación de lo que, a través de lo conjuntamente apuntado por Carilla, Alazraki, Kafka, Cortázar, Bajtin, Nietzsche y Meyrink, constituye lo que *creemos*, en razón de la enajenación surgida de los

sectores de poder, que es la “realidad”: ésta es el verdadero *sueño*, porque nos obliga a creer delirios y alucinaciones que sólo tienen como propósito separarnos del verdadero conocimiento, y hundirnos en una vida *maquinal y sin sentido*.